

DE HIPÓCRATES, SOBRE EL MÉDICO

SOBRE EL MÉDICO ¹

1. La prestancia del medico reside en que tenga buen color y sea robusto en su apariencia, de acuerdo con su complexión natural. Pues la mayoría de la gente opina que quienes no tienen su cuerpo en buenas condiciones no se cuidan bien de los ajenos. En segundo lugar, que presente un aspecto aseado, con un atuendo respetable, y perfumado con ungüentos de buen aroma, que no ofrezcan un olor sospechoso en ningún sentido. Porque todo esto resulta ser agradable a los pacientes. En cuanto a su espíritu, el inteligente debe observar estos consejos: no sólo el ser callado, sino, además, muy ordenado en su vivir, pues eso tiene magníficos efectos en su reputación, y que su carácter sea el de una persona de bien, mostrándose serio y afectuoso con todos. Pues el ser precipitado y efusivo suscita menosprecio, aunque pueda ser muy útil. Que haga su examen con cierto aire de superioridad. Pues esto, cuando se presenta en raras ocasiones ante unas mismas personas, es apreciado. En cuanto a su porte, muéstrese preocupado en su rostro, pero sin amargura. Porque, de lo contrario, parecerá soberbio e inhumano; y el que es propenso a la risa y demasiado alegre es considerado grosero. Y esto debe evitarse al máximo. Sea justo en cualquier trato, ya que la justicia le será de gran ayuda. Pues las relaciones entre el médico y sus pacientes no son algo de poca monta. Puesto que ellos mismos se ponen en las manos de los médicos, y a cualquier hora frecuentan a mujeres, muchachas jóvenes, y pasan junto a objetos de muchísimo valor. Por lo tanto, han de conservar su control ante todo eso. Así debe, pues, estar dispuesto el médico en alma y cuerpo.
2. En cuanto a los preceptos del oficio médico, mediante los que es posible hacerse profesional, hay que ver conjuntamente, desde un principio, aquellos por los que una persona podría comenzar a aprender. Pues bien, hay que aprender, en general, las cosas que se necesitan para las curas en el dispensario del médico. En primer lugar, ha de ser un lugar confortable, y lo será si no molesta el viento penetrando en él, ni lastima el sol o la claridad. La luz resplandeciente resulta inofensiva para los que curan, pero no lo es, sin embargo, para

¹ TRATADOS HIPOCRÁTICOS, tomo I. Biblioteca clásica Gredos. Madrid, 1990, 426 páginas. Páginas 175 – 182.

los que vienen a curarse. Sobre todo hay que evitar en todo momento el resplandor que llega a dañar los ojos y los enferma. Esto es, en fin, lo que está aconsejado en cuanto a la luz. Y, además, que de ningún modo se reciban los rayos del sol de frente en la cara. Ya que eso fatiga la vista de los que la tienen débil. Cualquier motivo es suficiente para perturbar los ojos que están enfermos. De este modo hay que utilizar la luz. Los asientos conviene que sean planos y de igual altura, lo más posible, para que uno y otro estén a igual nivel. Que no se emplee nada de bronce, a no ser los instrumentos. Pues tener en uso otros objetos de este metal me parece un lujo pretencioso y vulgar. A los enfermos hay que ofrecerles agua potable y limpia. Para enjugarse hay que usar tejidos limpios y blandos, paños para los ojos, y esponjas para las heridas. Eso parece que ayuda bien por sí mismo. En cuanto a los instrumentos, todos han de ser bien manejables, tanto por su tamaño como por su peso y ligereza.

3. Es preciso vigilar, en conjunto, todo lo que se le aplica (al enfermo) para que sea conveniente. Con máxima atención, desde luego, si va a estar en contacto con la parte afectada. Esto atañe a vendajes, medicamentos, paños alrededor de las heridas y cataplasmas, ya que estas cosas van a estar muchísimo tiempo junto a los lugares afectados por la enfermedad. En cambio, los procesos subsiguientes: el destapar los vendajes, el aireo y la cura, y las abluciones de agua, son cosas de breve tiempo. Pero es preciso tener examinado dónde convienen más y dónde menos. Porque el uso de lo uno y lo otro tiene su momento oportuno y hay una gran diferencia entre hacerlo y no hacerlo.
4. Un vendaje es propio de la medicina, si está hecho para beneficiar al paciente. Y le resulta extraordinariamente beneficioso en estos dos puntos, a los que hay que atender: que apriete donde debe y que sujete flexiblemente. Y, según las épocas de la estación, hay que observar cuándo conviene recubrirlo y cuándo no, de forma que ni siquiera se le pase inadvertido al enfermo si debe en unos lugares atender a lo uno o a lo otro. Hay que descartar los vendajes elegantes y teatrales que en nada benefician. Pues eso es un alarde vulgar y por completo fanfarrón, que a menudo produce daño al paciente. Y el enfermo no busca el adorno, sino lo conveniente.
5. En cuanto a las operaciones, todas las que se hacen por incisión o cauterización, se recomiendan por igual la rapidez y la lentitud. Pues se da el uso de una y de otra. En los casos en

que la intervención requiere un solo corte, hay que hacer la incisión rápida. Pues, ya que los intervenidos van a sufrir, conviene que lo que les cause dolor se presente en el menor tiempo posible. Y será así, si el corte se hace rápido. Pero cuando es necesario hacer varios cortes, hay que emplear una intervención lenta. Lo rápido, en efecto, hace el dolor continuo e intenso, mientras que lo intermitente permite algún respiro en su dolor a los pacientes.

6. Lo mismo puede decirse de los instrumentos. Recomendamos utilizar cuchillas puntiagudas y cuchillas anchas, no de igual forma para todos los casos. Pues hay algunas partes del cuerpo que tienen en seguida un flujo de sangre, y no es fácil contenerlo. Tales son las várices y algunos otros vasos sanguíneos. En ellas los cortes han de ser finos. Pues, así, no es posible que la hemorragia sea excesiva. Pero algunas veces es conveniente hacer una extracción de sangre de estas partes. En cambio, en los sitios donde no hay tal peligro y en los que la sangre no es tan ligera, conviene usar cuchillas más anchas. Y de tal modo podrá fluir la sangre, y jamás de otra forma. Es muy bochornoso que de la intervención no resulte lo que se pretende.
7. Decimos que hay dos tipos de ventosas. Cuando la fluxión está formada lejos de la superficie de la carne, es preciso que su círculo sea estrecho y ella misma ventruda, no muy alargada en la parte de la mano, y no pesada. Porque, al ser así, suele atraer en línea recta, y dejará bien absorbidos en la carne los humores que están distanciados. Pero si la dolencia es mayor y está extendida en la carne (la ventosa) ha de ser parecida en lo demás, pero con un círculo grande. Así, pues, veréis que atrae de muchas más partes lo que causa el dolor hacia el terreno conveniente. Ya que, de no ser grande el círculo, no va a contraer la carne de muy amplio espacio. Si es pesada, entonces presiona los lugares de más arriba y conviene hacer la extracción más de abajo, y muchas veces se dejan por debajo las enfermedades. Con los flujos fijos y muy distantes de la superficie, los círculos anchos absorben conjuntamente mucho de la carne vecina. Entonces ocurre que se sobreañade la humedad atraída de esa zona al líquido humoral que confluye desde abajo, y que lo que causa las molestias se queda abajo, mientras que se extrae lo que no causaba dolor. Cuál es el tamaño útil de la ventosa hay que conjeturarlo según las partes del cuerpo a que haya que aplicarla. Cuando se escarifique, debe recoger los humores desde abajo. Pues la sangre de los sitios intervenidos por la operación debe quedar

a la vista. Por lo demás, tampoco hay que sajar todo el círculo al que se le haga la atracción de la ventosa, ya que la carne del lugar enfermo es así más resistente. Y (hay que escarificar) con cuchillos curvos no demasiado finos en su extremo. Porque, algunas veces, los humores vienen viscosos y espesos, y hay riesgos, en efecto, de que queden detenidos en esas incisiones, cuando se hacen cortes finos.

8. Los ligamentos en las venas de los brazos hay que vigilarlos. Pues la carne que los recubre no está, en muchos, bien ajustada con la vena. Y como la carne es resbaladiza, puede ocurrir que los dos bordes del corte no se junten entre sí. Entonces sucede que la vena recubierta se hincha de aire, y que queda impedido el fluir de la sangre, y en muchos se forma por ese motivo el pus. Semejante intervención parece producir dos daños: dolor al operado, y gran descrédito al operador. Esto mismo es de precepto para todos los conductos venosos.
9. En que lo que respecta a los instrumentos necesarios en el dispensario médico y en los que debe ser entendido el que aprende (la medicina), es eso. Pues de los instrumentos para arrancar los dientes y para extirpar un tumor en la campanilla está al alcance de cualquiera utilizarlos. El uso de éstos parece ser sencillo.
10. En cuanto a los abscesos y las llagas, que son propios de mayores dolencias, hay que convencerse de que lo más eficaz es poder disolver los abscesos, e impedir la formación de los mismos. Pero si se resisten, situarlos en un lugar visible con máxima reducción y tratar de que la constitución de todo el absceso sea compacta. Pues si resulta deforme, hay peligro de que el absceso reviente y la herida sea difícil de curar. Se consigue hacerlo compacto por medio de la maduración de todo por igual, y antes de ésta no hay que abrirlo ni permitir que reviente por sí solo. Los métodos para esta maduración uniforme están expuestos en otras partes.
11. Las heridas parece que admiten cuatro direcciones. Una es hacia el interior. Éstas son las que tienen forma de fístulas, y las que están recubiertas por una cicatriz, pero vacías por debajo. Otra es hacia arriba; son las que desarrollan excrescencias sobre la carne. La tercera es en anchura, y éstas son las que se llaman herpéticas. La cuarta dirección es la del cierre, al cicatrizar. Éste es el único movimiento que parece ser acorde con la naturaleza. Ésas son, en fin, las perturbaciones de la carne. Todas tienen en común la tendencia a cicatrizar. En otros lugares se han indicado los

síntomas de cada una de ellas y de qué modo ha de utilizarse su tratamiento. Por qué medios se progresará en la cicatrización, tanto de la que está abultada, como de la que se quedó hueca, como en la que se ha extendido, de eso ya se ha hablado convenientemente en otros lugares.

12. Acerca de las cataplasmas (diremos) lo siguiente: En la aplicación de los paños, donde su uso parezca ser indicado según la lesión, conviene que el paño aplicado se ajuste a la herida, y se use de la sustancia medicamentosa para untarla en torno al lugar de la llaga. Esta utilización de la cataplasma es profesional y puede ser de muchísimo provecho. Pues se ha mostrado que la potencia de las sustancias colocadas a su alrededor socorren a la herida, y que el paño la protege. La cataplasma beneficia la parte externa de la herida. Tal es, pues, el uso que debe hacerse de ellas.
13. Acerca de los momentos oportunos, de cuándo hay que usar cada uno de estos remedios, y de cómo hay que aprender las propiedades de los descritos, tales puntos quedan dejados de lado, puesto que eso está más avanzado en el estudio del arte médico y es propio de quien ya ha progresado mucho en la ciencia.
14. Relacionada con esto está también la cirugía que trata de las heridas de guerra, respecto a la extracción de los dardos. En tales prácticas, en la ciudad es breve la ocasión de ejercitarse. Pues pocas veces, en toda una vida, ocurren estas peleas entre los ciudadanos o contra asaltantes enemigos. Pero tales encuentros ocurren, con frecuencia y de modo muy seguido, en las expediciones mercenarias en tierras extrañas. Por lo tanto, quien pretenda ejercer la cirugía debe alistarse en un ejército mercenario y seguirlo en sus campañas. Así puede hacerse experto en esa práctica. Lo que parece ser más técnico en este terreno, va a quedar expuesto. Porque saber atender a las cicatrices de las armas que se han clavado en el cuerpo es una parte importantísima del arte médico y de la cirugía de ese campo. Con esta instrucción, un herido de guerra no quedaría abandonado sin ser reconocido, aun cuando se le haya intervenido en un modo inconveniente. De todo esto está escrito en otras obras.